

cuerdo, porque Esteban empezó bromeando para ocultar la desnudez del vicio.

—¡He aquí mi perrera!—dijo.—Mi gran representación está en la calle de Bondy, en el nuevo piso que nuestro tendero le paga á Florina y que inauguraremos esta noche.

Esteban Lousteau llevaba un pantalón negro, botas bien lustradas, una levita abrochada hasta al cuello, y cepillaba su sombrero para darle apariencias de nuevo.

—¡Vámonos!—dijo Luciano.

—Todavía no, porque espero á un librero que me ha de dar dinero. Acaso llegaremos tarde; pero no tengo un céntimo y necesito unos guantes.

En este momento, los dos nuevos amigos oyeron pasos de un hombre en el comedor.

—Es él—dijo Lousteau.—Querido mío, ahora verá usted la forma que toma la Providencia cuando se presenta á los poetas. Antes de contemplar á Dauriat en su gloria, va usted á ver al librero del muelle de los Agustinos, al tratante en libros de lance. ¡Adelante, viejo tártaro!—gritó Lousteau.

—Aquí me tiene usted—dijo una voz cascada como la de una campana rota.

—¿Con dinero?

—¿Dinero? ¿Es que acaso existe para los libreros?—respondió un joven que entró mirando á Luciano con curiosidad.

—Me debe usted cincuenta francos—respondió Lousteau,—y aquí tiene usted dos ejemplares de *Un viaje á Egipto*, que dicen que es una maravilla y que se venderá, porque tiene grabados. Asimismo, dos de las últimas novelas de Víctor Ducange, autor ilustre del Marais, dos ejemplares de la segunda obra de un principiante, de Paul de Kock, que trabaja el mismo género, y dos *Yseult de Dole*, una bonita obra de provincias, total, cien francos á precio tirado; conque, me debe usted cien francos, amigo Bardet.

Bardet miró los libros, examinando las hojas y las cubiertas con cuidado.

—¡Oh! están en perfecto estado de conservación—exclamó Lousteau.—Tengo que hacer por los dos primeros dos artículos. El *Viaje* no está siquiera cortado, ni el Paul de Kock, ni el Ducange, ni el que está sobre la chimenea, las *Consideraciones acerca de lo simbólico*.

—¿Y cómo se las compondrá usted para hacer los artículos?—dijo Luciano.

Barbet dirigió una mirada de asombro á Luciano, y fijando después sus ojos en Esteban, dijo:

—Se ve que el señor no tiene la desgracia de ser hombre de letras.

—No, Barbet, no, el señor es un poeta, un gran poeta que hundirá á Canalis, á Beranger y á Delavigne. ¡Oh! ¡irá lejos! á menos que no se arroje al agua, y aun así y todo llegaría á Saint-Cloud.

—Si el señor quisiera seguir mi consejo—dijo Barbet,—le diría que dejase los versos y se dedicase á la prosa. Ya no quieren versos en el malecón.

Barbet vestía una mala levita abotonada con un solo botón y de cuello grasiento, tenía el sombrero puesto, llevaba zapatos, y su chaleco entreabierto dejaba ver una buena camisa de tela fuerte. Su rostro redondo, agujereado por dos ojos ávidos, no carecía de bondad; pero tenía en la mirada la vaga inquietud de las personas acostumbradas á oírse pedir dinero y que lo tienen. Parecía rechoncho y bonachón, porque su gordura ocultaba su astucia. Después de haber sido dependiente, había adquirido desde hacía dos años una miserable tiendecita en el malecón, desde donde se lanzaba sobre los periodistas, sobre los autores y sobre los impresores, comprándoles á bajo precio los libros que les daban, ganando así diez ó veinte francos diarios. Enriquecido con sus economías, olfateaba las necesidades de cada cual, acechaba todo buen negocio, descontaba el quince ó el veinte por ciento á los autores apurados, los créditos de los libreros, á los que iba á comprar al día siguiente, á los precios corrientes, algunos buenos libros que le habían sido pedidos, y después les entregaba sus propios créditos en vez del dinero. Había estudiado algo, y su instrucción le servía para huir cuidadosamente de la poesía y de las novelas modernas. Sentía pasión por las empresas pequeñas y por los libros útiles cuya entera propiedad costaba mil francos y que podía explotar á su gusto, tales como la *Historia de Francia puesta al alcance de los niños*, la *Teneduría de libros en veinte lecciones*, la *Botánica de los jóvenes*. Había dejado escapar ya dos ó tres libros buenos, después de haber hecho ir á los autores á su casa veinte veces, sin decidirse á comprarles un manuscrito. Cuando le reprochaban su cobardía, mos-



traba el relato de un proceso famoso cuyo texto, sacado de los periódicos, no le costaba nada y le había producido dos ó tres mil francos. Barbet era el librero miedoso que vive de pan y de nueces, que firma pocas letras, que escudriña las facturas y las reduce, que busca él mismo sus libros no se sabe dónde, pero que los coloca y se los hace pagar. Era el terror de los impresores, que no sabían cómo hundirlos: les pagaba con descuento y reducía sus facturas adivinando necesidades urgentes; luego ya no se servía más de los que había exprimido, temiendo alguna revancha.

— Bueno — dijo Lousteau, — ¿continuamos nuestros asuntos?

— ¡Eh! pequeño mío — dijo familiarmente Barbet, — tengo en mi tienda seis mil volúmenes para vender. Ahora bien, según la frase de un librero antiguo, los libros no son francos. La librería va mal.

— Si fuera usted á su tienda, mi querido Luciano — dijo Esteban, — encontraría usted sobre un mostrador de madera roble, procedente de la venta por quiebra de algún comerciante de vinos, una candela sin despabilar, para que se consuma más despacio. Alumbrado apenas por aquella luz anónima, vería usted cajones vacíos. Para guardar ese nada, un muchachito con blusa azul se sopla los dedos, golpea el suelo con los pies, ó agita los brazos como un cochero de fiacre en el pescante. Mire, no verá usted tantos libros como los que hay aquí. Nadie puede adivinar qué comercio se hace allí.

— Aquí tiene usted una letra de cien francos, á tres meses vista — dijo Barbet, que no pudo menos de sonreír al sacar del bolsillo un papel timbrado, — y me llevaré sus libracos. Ya lo ve usted, no puedo dar dinero al contado, las ventas son muy difíciles; he pensado que me necesitaba usted, y como estaba sin dinero, he firmado una letra para que me lo agradezca, pues no me gusta dar mi firma.

— ¿De modo que quiere usted que encima le esté agradecido? — dijo Lousteau.

— Aunque no se pagan las letras con sentimientos, aceptaré así y todo su estimación — respondió Barbet.

— Pero necesito guantes, y los perfumistas tendrán la cobardía de rechazar su papel — dijo Lousteau. Mire, tengo un grabado soberbio, ahí, en el primer cajón de la cómoda; vale cuatrocientos francos; está antes que la letra y detrás del artículo, pues he hecho uno muy grotesco. Critico á Hipó-

crates porque rechaza los regalos de Artajerjes. ¿Eh? esta hermosa plancha conviene á todos los médicos que rechazan los regalos exagerados de los sátrapas parisienses. Encontrará usted, además, debajo del grabado, un centenar de romances. Vamos, tómelo todo, y deme cuarenta francos.

— ¡Cuarenta francos! — dijo el librero dando un grito de gallina asustada, — todo lo más veinte. Y aun puedo perderlos — añadió Barbet.

— ¿Dónde están los veinte francos? — dijo Lousteau.

— A fe que no sé si los tengo — dijo Barbet registrándose.

— Aquí están. Me despoja usted, tiene usted sobre mí un ascendiente...

— Vamos, marchémonos — dijo Lousteau, que cogió el manuscrito de Luciano é hizo una señal con tinta en el cordel.

— ¿Tiene usted aun algo más? — preguntó Barbet.

— Nada, mi pequeño Syloc. Te proporcionaré un negocio excelente (en el que perderás mil escudos para que aprendas á robarme de este modo) — dijo en voz baja Esteban á Luciano.

— ¿Y sus artículos? — dijo Luciano rodando hacia el Palacio Real.

— ¡Bah! Usted no sabe cómo se hace eso. Respecto al *Viaje á Egipto*, he abierto el libro y leído algunos trozos aquí y allí, sin cortarlo, y he descubierto once faltas de dicción. Haré una columna diciendo que si el autor ha aprendido el lenguaje de los patos grabados en las rocas egipcias llamadas obeliscos, no conoce su idioma, y se lo demostraré. Diré que en lugar de hablarnos de historia natural y de antigüedades, no debería haberse ocupado más que del porvenir de Egipto, del progreso de la civilización, de los medios de unir Egipto á Francia, que, después de haberla conquistado y perdido, puede conquistarla aún por el ascendiente moral. Después de esto, haré un pastel patriótico, lleno de párrafos sobre Marsella, sobre el Levante, y sobre nuestro comercio.

— Pero si hubiese hecho eso, ¿qué diría usted?

— En ese caso, diría que, en lugar de aburrirnos con la política, debería haberse ocupado del arte y pintarnos el país por su lado pintoresco y territorial. El crítico se lamenta entonces. La política, dice, nos ahoga, nos aburre, la encontramos en todas partes. Echaría de menos esos viajes deliciosos en los que nos explicaban las dificultades de la navega-



ción, el encanto de los desembarcos, las delicias del paso de la Línea, en fin, todo lo que necesitan saber los que no viajarán nunca. Al mismo tiempo que se aprueba, se burla uno de los viajeros que celebran como graves acontecimientos un pájaro que pasa, un pez volador, una pesca, los puntos geográficos descubiertos, las hondonadas reconocidas. Se piden esas cosas científicas completamente ininteligibles, que fascinan como todo lo que es profundo, misterioso, incomprendible. El abonado se ríe, está servido. Respecto á las novelas, Florina es la mayor lectora de novelas que hay en el mundo; me hace el análisis de ellas, y yo hago el artículo según su opinión. Cuando se ha aburrido con lo que ella nombra las *frases de autor*, tomo el libro en consideración y pido otro ejemplar al librero, que lo envía, encantado de tener un artículo favorable.

—¡Buen Dios! Pero ¿la crítica, la santa crítica?—dijo Luciano, imbuido de las doctrinas de su cenáculo.

—Querido mío—dijo Lousteau,—la crítica es una brocha que no puede emplearse en las telas ligeras, porque se lo llevaría todo. Escuche, dejemos ahora el oficio. ¿Ve usted esta señal?—le dijo mostrándole el manuscrito de las *Margaritas*. —Si Dauriat lee su manuscrito de usted, le será seguramente imposible poner la cuerda en el mismo sitio. De este modo, su manuscrito está como sellado. Esto no es inútil para la experiencia que usted quiere hacer. Además, tenga en cuenta que no se presentará solo y sin padrinos á esa tienda, como esos jovencitos que se presentan en las casas de diez libreros antes de encontrar uno que les ofrezca una silla...

Luciano había comprobado ya la verdad de aquel detalle. Lousteau pagó el fiacre dando tres francos, con gran asombro de Luciano, sorprendido de la prodigalidad que sucedía á tanta miseria. Después, los dos amigos entraron en las galerías de Bois, donde reinaba entonces la librería llamada de Novedad. En aquella época las galerías de Bois constituían una de las más ilustres curiosidades parisienses. No estará de más pintar este bazar innoble, pues durante treinta y seis años ha representado tan gran papel en la vida parisiense, que hay pocos hombres de más de cuarenta años de edad á quienes no cause placer esta descripción, increíble para los jóvenes. En lugar de la fría, alta y larga galería de Orleáns, especie de invernadero sin flores, había barracas, ó, para ser más exacto, chozas de tablas bastante mal cubier-

tas, pequeñas y mal iluminadas por el patio y por el jardín por agujeros informes, llamados ventanas, pero que se parecían á las más sucias aberturas de las ventanillas de extramuros. Una triple hilera de tiendas formaban allí dos galerías, altas de unos doce pies. Las tiendas colocadas en el centro daban á las dos galerías cuya atmósfera les proporcionaba un aire mefítico y cuya techumbre dejaba pasar poca luz al través de los cristales siempre sucios. Estos alvéolos habían adquirido tal precio á causa de la afluencia de la gente, que, á pesar de la estrechez de algunos, apenas anchos de seis pies y largos de ocho ó diez, su alquiler costaba mil escudos. Las tiendas que daban al jardín y al patio, estaban protegidas por enrejados verdes, tal vez para impedir que la multitud, á su contacto, derribase las paredes de cascote malo que formaban la trasera de los almacenes. Allí, pues, se encontraba un espacio de dos ó tres pies en el que vegetaban los productos más extravagantes de una botánica desconocida á la ciencia, mezclados con los de diferentes industrias no menos florecientes. Una maculatura cubría un rosal, de suerte que las flores de retórica eran embalsamadas por las flores abortadas de aquel jardín mal cuidado, pero fétidamente regado. Cintas de todos los colores ó prospectos florecían en el ramaje. Los despojos de las modas ahogaban la vegetación: se veía un lío de cintas sobre una espesura de verdura, y se extraviaban las ideas que se tenían de una flor que se iba á admirar, al ver un trozo de satén que figuraba una dalia. Del lado del patio, así como del jardín, el aspecto de aquel palacio fantástico ofrecía todo lo que la sociedad parisiense ha producido de más extravagante: estucados, lavados, paredes remendadas, pinturas viejas, rótulos fantásticos. Finalmente, el público parisiense ensuciaba enormemente los enrejados, ya del jardín, ya del patio. De este modo, por ambos lados, un ribeteado infame y nauseabundo parecía prohibir á las personas delicadas la aproximación á las galerías; pero éstas no retrocedían ante aquellas cosas horribles, al igual que los príncipes de los cuentos de hadas no retroceden ante los dragones y los obstáculos puestos por un genio malo entre ellos y las princesas. Aquellas galerías estaban, como hoy, agujereadas en el centro por un pasaje, y, al igual que hoy, se penetraba en él todavía por los dos peristilos actuales empezados antes de la Revolución y abandonados por falta de dinero. La hermosa galería de



pedra que conduce al Teatro Francés formaba á la sazón un pasaje estrecho de una altura inconmensurable y tan mal cubierto, que llovía dentro con frecuencia. La llamaban galería de Cristales, para distinguirla de las galerías de Bois (madera). Las techumbres de aquellos chiribitiles estaban, por otra parte, en tan mal estado, que la casa de Orleáns tuvo un proceso con un célebre comerciante de cachemiras y de tejidos, el cual, una noche, encontró géneros estropeados por una suma considerable. El comerciante ganó el pleito. Una doble tela alquitranada servía de cobertura en algunos lugares. El piso de la galería de Cristales, donde Chevet empezó su fortuna, y el de las galerías de Bois, eran de suelo natural de París, aumentado del suelo artificial llevado por las botas y los zapatos de los transeúntes. En todo tiempo, los pies tropezaban con montañas y valles de barro endurecido, incesantemente barrido por los comerciantes, que exigían á los recién llegados cierta costumbre para caminar allí.

Aquel siniestro amasijo de barro endurecido, aquel conjunto de vidrios sujetos por la lluvia y el polvo, aquellas barracas aplastadas y cubiertas de harapos por fuera; la suciedad de las paredes comenzadas; aquel conjunto de cosas que tenían algo del campamento de los bohemios, de las barracas de una feria y de las construcciones provisionales con que rodean en París los monumentos que no se construyen; aquella fisonomía gesticuladora sentaba admirablemente á los diferentes comercios que bullían bajo aquel tinglado impúdico, descarado, lleno de murmullos y de una alegría loca, donde, desde la revolución de 1789 hasta la de 1830, se han hecho negocios inmensos. Durante veinte años, la Bolsa ha estado enfrente, en el patio del palacio. De este modo, la opinión pública y las reputaciones se hacían y se deshacían allí, así como los negocios políticos y financieros. Se citaban en aquellas galerías antes y después de la Bolsa. El París de los banqueros y de los comerciantes llenaba con frecuencia el patio del Palacio Real, y aflúa á resguardarse debajo de sus techos cuando llovía. La naturaleza de aquella construcción, surgida sin saber cómo, le daba una sonoridad extraña. Las carcajadas abundaban allí. No había una disputa en un extremo sin que se supiese en el otro de qué se trataba. No había allí más que libreros, poesía, política y prosa, comerciantes de modas, y, final-

mente, muchachas de vida alegre que iban únicamente por la noche. Allí florecían las novelas y los libros, las glorias recientes y las viejas, las conspiraciones de la tribuna y los embustes de la librería. Allí se vendían las novedades al público, que se obstinaba en no comprarlas más que en aquel sitio. Allí se vendieron en un solo día varios millares de tal ó cual libelo de Pablo Luis Courier, ó las *Aventuras de la hija de un rey*, el primer tiro disparado por la casa de Orleáns contra la constitución de Luis XVIII. En la época en que floreció Luciano, algunas tiendas tenían escaparates y vidrieras bastante elegantes; estas tiendas pertenecían á las hileras que daban al jardín ó al patio. Hasta el día en que sucumbió aquella extraña colonia bajo el mazo del arquitecto Fontaine, las tiendas situadas entre las dos galerías fueron completamente abiertas, y sostenidas por pilares, como las barracas de las ferias de provincias, y la mirada penetraba en las dos galerías á través de las mercancías ó de las puertas vidrieras. Como allí era imposible tener fuego, los comerciantes tenían braseritos, y los vigilaban ellos mismos, pues una imprudencia podía inflamar en un cuarto de hora aquella república de maderas secadas por el sol y casi inflamadas ya por la prostitución, llenas de gasas, de muselina y de papeles, ventiladas de cuando en cuando por corrientes de aire. Las tiendas de las modistas estaban llenas de sombreros inconcebibles, que parecían estar allí más bien para adorno que para la venta, sujetos por centenares á espigas de hierro terminadas en forma de seta, y empavesando las galerías con sus mil colores. Durante veinte años, todos los transeúntes se han preguntado en qué cabezas acababan su carrera aquellos sombreros polvorientos. Obreras feas en su mayoría, pero despejadas, atraían á las mujeres con palabras astutas, según la costumbre y el lenguaje del mercado. Una modistilla, cuya lengua era tan suelta como sus ojos vivos, estaba sobre un taburete y excitaba á los paseantes. «¿Quiere usted comprar un sombrero bonito, señora?—Déjeme usted que le venda alguna cosa, señor.» Su vocabulario fecundo y pintoresco variaba con las inflexiones de voz, con miradas y con críticas acerca los paseantes. Los libreros y los vendedores de modas vivían en buena inteligencia. En el pasaje llamado tan fastuosamente la galería de Cristales, estaban los comercios más singulares. Allí se establecían los ventrílocuos, los



charlatanes de todas clases, los espectáculos en los que no se ve nada y aquellos en los que se enseña el mundo entero. Allí se estableció por primera vez un hombre que ganó setecientos ú ochocientos mil francos recorriendo las ferias. Tenía por muestra un sol que giraba en un marco negro, en torno del cual resaltaban estas palabras escritas en rojo: *Aquí ve el hombre lo que Dios no podría ver. Precio: diez céntimos.* El pregonero no admitía á nadie solo, ni tampoco más de dos. Una vez dentro, os encontrabais de narices con un gran espejo. De pronto, una voz que hubiese asustado á Hoffmann el berlinés, salía como una mecánica cuyo resorte fuese empujado: «Aquí tienen ustedes, señores, lo que en toda la eternidad Dios no podría ver, es decir, vuestro semejante. ¡Dios no tiene semejante!»; y os alejabais avergonzados, sin atreveros á confesar vuestra estupidez. De todas las puertecitas salían voces semejantes que alababan los Cosmoramas, las vistas de Constantinopla, los títeres, los autómatas que jugaban al ajedrez, los perros que distinguían á la mujer más hermosa de la reunión. El ventrílocuo Fitz-James floreció en el café Borel antes de morir en Montmartre, mezclado con los alumnos de la Escuela politécnica. Había allí fruterías y floristas, y un sastre faccioso cuyos bordados militares brillaban como soles por la noche. Por la mañana, hasta las dos de la tarde, las galerías de Bois permanecían mudas, sombrías y desiertas. Los comerciantes hablaban allí como en su casa. La cita que se daba allí el pueblo parisiense no empezaba hasta las tres de la tarde, á la hora de la Bolsa. Los jóvenes sedientos de literatura y desprovistos de dinero, disfrutaban de lectura gratuita en los escaparates de las librerías. Los dependientes encargados de vigilar los libros expuestos dejaban caritativamente á las pobres gentes que volviesen las páginas. Cuando se trataba de un en 12.<sup>o</sup> de doscientas páginas, como Smarra, Pedro Schlemihl, Juan Sbogar y Jocko, era devorado en dos sesiones. En aquel entonces no existían los salones de lectura, y para leer un libro era preciso comprarlo; por eso las novelas se vendían en cantidades que hoy día parecerían fabulosas. Había, pues, no sé qué de francés en aquella limosna hecha á la inteligencia joven, ávida y pobre. La poesía de aquel terrible bazar se manifestaba á la caída de la tarde. Por todas las calles adyacentes iban y venían un gran número de muchachas que podían pasearse por allí

sin retribución. De todos los puntos de París acudían las jóvenes alegres á *hacer su negocio*. Las galerías de piedra pertenecían á casas privilegiadas que pagaban el derecho de exponer ciertas criaturas vestidas como princesas, entre tal y tal arcada, y en el sitio correspondiente en el jardín, mientras que las galerías de Bois eran para la prostitución un terreno público, el palacio por excelencia, palabra que significaba entonces el templo de la prostitución. Una mujer podía ir allí, salir acompañada de su presa y llevarla adonde mejor le pareciera. Así, pues, aquellas mujeres hacían que acudiese por la noche á las galerías de Bois una multitud tan considerable, que tenían que caminar al paso, como en una procesión ó en un baile de máscaras. Esta lentitud, que no molestaba á nadie, servía para el examen. Aquellas mujeres vestían de una manera que ahora ya no existe; la forma como iban descotadas hasta la mitad de la espalda y muy bajo también por delante; sus extravagantes peinados inventados para llamar la atención: ésta de cauchesa, aquella de chula; la una rizada como un perro, la otra con bandas lisas; sus piernas sujetas por medias blancas y que enseñaban no se sabe cómo, pero siempre á propósito, toda esta infame poesía ha desaparecido. La licencia en las preguntas y las respuestas, aquel cinismo público en armonía con el lugar, ya no se encuentra, ni en los bailes de máscaras, ni en los bailes tan célebres que se dan hoy día. Aquello era horrible y alegre. La carne deslumbrante de las espaldas y de las gargantas brillaba en medio de los trajes de los hombres, casi siempre sombríos, y producía los más magníficos contrastes. El murmullo de las voces y el ruido del paseo producían un rumor que se extendía desde el centro del jardín, como un bajo continuo, bordado de las carcajadas de las muchachas y de los gritos de alguna rara disputa. Las personas distinguidas, los hombres más salientes, se codeaban allí con personas de rostro patibulario. Aquella monstruosa mezcla tenía no sé qué de picante: los hombres más insensibles se conmovían. Por eso acudió allí todo París hasta el último momento, y se paseó por el piso de madera que hizo el arquitecto encima de los sótanos, mientras los construía. La caída de aquellos innobles trozos de madera fué acompañada de inmensos y unánimes lamentos.

El librero Ladvocat se había establecido hacía unos días



en el ángulo del pasaje que dividía las galerías por la mitad, enfrente de Dauriat, joven olvidado hoy, pero audaz, y que allanó el camino donde brilló después su competidor. La tienda de Dauriat se hallaba situada en una de las hileras que daban al jardín, y la de Ladvocat estaba en el patio. La tienda de Dauriat, dividida en dos partes, ofrecía un vasto almacén á su librería, y la otra parte le servía de gabinete. Luciano, que iba allí por primera vez por la tarde, quedó asombrado de aquel aspecto, al que no resistían los provincianos ni los jóvenes. Pronto perdió á su introductor.

—Si fueras tan guapo como ese joven, no te llevaría nada—dijo una muchacha á un anciano, señalándole á Luciano.

Luciano se avergonzó como el perro de un ciego, y siguió tras aquella multitud en un estado de estupidez y de excitación difíciles de describir. Excitado por las miradas de las mujeres, solicitado por redondeces blancas y por gargantas audaces que deslumbraban, se pegaba á su manuscrito y lo agarraba fuertemente para que no se lo robasen, ¡inocentel!

—¡Eh, señor!—gritó al sentirse cogido por un brazo, y creyendo que su poesía había atraído á algún autor.

Volvióse, y reconoció á su amigo Lousteau, que le dijo:

—¡Ya sabía yo que acabaría usted por pasar por aquí!

El poeta estaba ante la puerta del almacén donde Lousteau le hizo entrar, y que estaba lleno de gente esperando el momento de hablar al rey de los librerías. Los impresores, los papeleros y los dibujantes, agrupados en torno de los dependientes, les interrogaban sobre negocios en curso ó que se meditaban.

—Mire, ese es Finot, el director de mi periódico; habla con un joven que tiene talento, Feliciano Vernou, un granujilla, malo como una enfermedad secreta.

—Sé que tienes un estreno, amigo mío—dijo Finot á Lousteau, acercándose con Vernou,—y he dispuesto del palco.

—¿Lo has vendido á Brulard?

—¡Qué más da! Ya encontrarás sitio. ¿Qué vienes á pedir á Dauriat? ¡Ah! está convenido que ensalzaremos á Paul de Kock; Dauriat ha tomado doscientos ejemplares y Víctor Ducange le ruega una novela. Dauriat quiere, según dice,

hacer un nuevo autor del mismo género. Pondrás Paul de Kock por encima de Ducange.

—Pero tengo una obra con Ducange en la Gaité—dijo Lousteau.

—Bueno, le dirás que el artículo es mío, y como yo tenía intención de hacerlo atroz y tú lo habrás dulcificado, te estará agradecido.

—¡No podrías hacer que me descontara esta letra de cien francos el cajero de Dauriat?—dijo Esteban á Finot.—Ya lo sabes, cenamos juntos para inaugurar el nuevo domicilio de Florina.

—¡Ah! sí, estábamos convidados—dijo Finot fingiendo hacer un esfuerzo de memoria.—Oiga, Gabussón—añadió cogiendo la letra de Barbet y presentándosela al cajero,—dé usted noventa francos por mí á este hombre. Endosa la letra, querido.

Lousteau cogió la pluma del cajero mientras éste contaba el dinero, y firmó. Luciano, todo ojos y oídos, no perdió una sílaba de aquella conversación.

—No es esto todo, mi querido amigo—repuso Esteban;—no te doy las gracias, ya sabes que puedes disponer de mí como quieras. Tengo que presentar el señor á Dauriat, y quisiera que lo dispusieras para que nos escuchara.

—¿De qué se trata?—preguntó Finot.

—De una colección de poesías—respondió Luciano.

—¡Ah!—dijo Finot encogiéndose de hombros.

—Se ve que el señor no conoce mucho el negocio editorial—dijo Vernou mirando á Luciano;—de otro modo, ya hubiese sepultado su manuscrito en el sitio más profundo de su casa.

En aquel momento entró un joven guapo, Emilio Blondet, que acababa de estrenarse en el *Diario de los Debates* con artículos del mayor alcance; estrechó la mano á Finot y á Lousteau y saludó ligeramente á Vernou.

—Ven á cenar con nosotros, á las doce, en casa de Florina—le dijo Lousteau.

—Acepto—dijo el joven.—Pero ¿quiénes seremos?

—¡Ah!—dijo Lousteau,—estarán Florina y Matifat el droguero; Du Bruel, el autor que ha dado un papel á Florina para que debute; un viejecito, el padre Cardot, y su yerno Camusot; después Finot.

—¿Hace bien las cosas tu droguero?



—No nos dará drogas—dijo Luciano.

—El señor es muy chistoso—dijo seriamente Blondet mirando á Luciano.—¿También es de la cena, Lousteau?

—Sí.

—Pues reiremos mucho.

Luciano se puso colorado como una amapola.

—¿Tienes para mucho rato, Dauriat?—dijo Blondet golpeando el cristal que daba encima del despacho de Dauriat.

—Soy contigo, amigo mío.

—Bien—dijo Lousteau á su protegido.—Este joven, casi tan joven como usted, está en los *Debates*. Es uno de los príncipes de la crítica: es muy temido. Dauriat vendrá á mimarle, y entonces podremos decirle nuestro asunto al pachá de las viñetas y de la imprenta. De otro modo, á las once aun no hubiese llegado nuestro turno. La audiencia aumentará cada vez más.

Luciano y Lousteau se acercaron entonces á Blondet, á Finot y á Vernou, y fueron á formar un grupo al extremo de la tienda.

—¿Qué hace?—dijo Blondet á Gabussón, el primer dependiente, que se levantó para ir á saludarle.

—Compra un periódico hebdomadario que quiere reformar á fin de oponerlo á la influencia de la *Minerva*, que sirve demasiado exclusivamente á Eymery, y al *Conservador*, que es demasiado ciegamente romántico.

—¿Lo pagará bien?

—Como siempre... ¡demasiado!—dijo el cajero.

En aquel momento entró un joven, que acababa de hacer aparecer una novela magnífica, vendida rápidamente y coronada por el mayor éxito, una novela cuya segunda edición era impresa por Dauriat. Este joven, dotado de ese aspecto extraordinario y chocante que indica las naturalezas artísticas, llamó la atención de Luciano.

—Ese es Nathán—dijo Lousteau al oído al poeta de provincia.

A pesar de la salvaje fiera de su fisonomía, á la sazón en toda su juventud, Nathán aborció á los periodistas sombrero en mano, y se mantuvo casi humilde ante Blondet, á quien aún sólo conocía de vista. Blondet y Finot se mantuvieron cubiertos.

—Caballero, me felicito de la ocasión que me presenta la casualidad...

—Está tan turbado, que hace un pleonismo—dijo Feliciano á Lousteau.

—... De expresarle mi agradecimiento por el hermoso artículo que se ha dignado usted hacer de mí en el *Diario de los Debates*. Usted ha contribuido en una mitad al éxito de mi libro.

—No, querido mío, no—dijo Blondet con un aire en el que la protección se ocultaba bajo la benevolencia.—Tiene usted talento, se lo aseguro, y estoy encantado de su conocimiento.

—Como ya se ha publicado el artículo, no parecerá que yo adule al poder: ahora estamos libres el uno respecto al otro. ¿Quiere usted hacerme el honor y el placer de comer conmigo mañana? Finot vendrá también. Tú, Lousteau, amigo mío, no te negarás, ¿verdad?—añadió estrechando la mano á Esteban.—¡Ahl usted está en buen camino, señor—le dijo á Blondet,—es usted el continuador de los Dussault, de los Fieeve de los Geoffroi! Hoffmann ha hablado de usted á Claudio Vignón, su discípulo y uno de mis amigos, y le ha dicho que morirá tranquilo, porque el *Diario de los Debates* vivirá eternamente. ¡Deben pagarle á usted mucho!

—Cien francos la columna—repuso Blondet.—Ese precio es muy poco cuando se tienen que leer cien libros para hallar uno que merezca que se ocupen de él, como el de usted. Su obra me ha causado placer, palabra de honor.

—Y le ha valido quinientos francos—dijo Lousteau á Luciano.

—Pero, ¿se ocupa usted de política?—repuso Nathán.

—Sí, de cuando en cuando—respondió Blondet.

Luciano, que se encontraba allí como un embrión, había admirado el libro de Nathán, consideraba al autor igual que á un dios, y quedó estupefacto al ver tanta bajeza ante aquel crítico cuyo nombre y fama le eran desconocidos. «¿Me conducirá yo nunca así?—se dijo.—¡Cúbrete Nathán! Tú has escrito un libro hermoso, y el crítico no ha hecho más que un artículo.» Aquellos pensamientos enardecían su sangre en las venas. De cuando en cuando, veía jóvenes tímidos, autores necesitados que pedían hablar á Dauriat; pero que, al ver la tienda llena, desesperaban de conseguir una audiencia y decían: «Volveré». Dos ó tres hombres políticos hablaban de la convocatoria de las Cámaras y de los asuntos políticos en medio de un grupo compuesto



de celebridades políticas. El periódico hebdomadario que quería comprar Dauriat tenía derecho á hablar de política. En aquel entonces, las tribunas de papel timbrado se hacían raras. Un periódico era un privilegio tan codiciado como el de un teatro. Uno de los accionistas más influyentes del *Constitucional* se hallaba en el centro del grupo político. Lousteau se resarcía admirablemente de su oficio de cicerone. Así, pues, de frase en frase, Dauriat se agrandaba en la imaginación de Luciano, que veía la política y la literatura convergiendo hacia aquella tienda. Al aspecto de un poeta eminente prostituyendo allí la musa ante un periodista, humillando el arte, como era humillada y prostituida la mujer en aquellas galerías innobles, el gran hombre de provincia adquiría enseñanzas terribles. ¡El dinero! era la palabra de todo enigma. Luciano se veía solo, ignorado, unido por el hilo de una amistad dudosa al éxito y á la fortuna. Acusaba á sus tiernos, á sus verdaderos amigos del cenáculo, por haberle pintado el mundo con falsos colores, por haberle impedido que se arrojase en aquella mezcolanza, pluma en ristre. «¡Ya sería Blondet!» — se dijo. — Lousteau, que acababa de gritar en las cimas del Luxemburgo como un águila herida, y que le había parecido tan grande, adquirió entonces para él proporciones mínimas. Allí, el librero elegante, el medio de todas aquellas existencias, le parecía ser el hombre importante. El poeta experimentó, con su manuscrito en la mano, una sacudida que se parecía al miedo. En el centro de aquella tienda, sobre pedestales de madera figurando mármol, vió bustos, el de Byron, el de Goethe y el del señor de Canalis, de quien esperaba obtener un volumen Dauriat, y el que, el día en que fué á aquella tienda, pudo medir la altura en que le ponía la librería. Involuntariamente, Luciano perdía su propio valer, su ánimo decaía. Entreveía cuál era la influencia de aquel Dauriat en su destino, y esperaba impacientemente su aparición.

—Vaya, hijos míos, ya soy propietario del único periódico hebdomadario que podía ser comprado y que tiene dos mil abonados — dijo un hombrecito gordo, rechoncho, de rostro semejante al de un procónsul romano, pero dulcificado por un aire de bondad que engañaba á las gentes superficiales.

—¡Farsante! el Timbre acusa setecientos, y ya es bastante satisfactorio — dijo Blondet.

—Les doy mi palabra de honor más sagrada de que tiene mil doscientos. He dicho dos mil — añadió en voz baja — á causa de los papeleros é impresores que hay ahí. Te creía con más tacto, querido mío — añadió en voz alta.

—¿Admite usted socios? — preguntó Finot.

—Según y cómo — dijo Dauriat. — ¿Quieres una tercera parte por cuarenta mil francos?

—Hecho, si acepta usted por redactores á Emilio Blondet, aquí presente, á Claudio Vignón, á Scribe, á Teodoro Leclercq, á Feliciano Vernou, á Jay, á Jouy, á Lousteau...

—¿Y por qué no á Luciano de Rubempré? — dijo atrevidamente el poeta de provincia interrumpiendo á Finot.

—Y á Nathán — dijo Finot terminando.

—¿Y por qué no á las gentes que se pasean? — dijo el librero frunciendo las cejas; y volviéndose hacia el autor de las *Margaritas*, — ¿Con quién tengo el honor de hablar? — dijo mirando á Luciano con aire impertinente.

—Un momento, Dauriat — respondió Lousteau. — Soy yo quien trae al señor. Mientras Finot piensa la proposición de usted, escúcheme.

Luciano sintió su camisa colada de sudor al ver el aire frío y descontento de aquel temible sultán de la librería, que tuteaba á Finot aunque Finot le hablaba de usted, que llamaba *pequeño mío* al temible Blondet y que había tendido majestuosamente su mano á Nathán haciéndole un signo familiar.

—¿Un nuevo negocio, pequeño mío? — exclamó Dauriat.

—Pero ¿no sabes que tengo mil cien manuscritos? Sí, señores — gritó, — me han ofrecido mil cien manuscritos, pregúntenselo á Gabussón. En fin, pronto necesitaré un administrador para que lleve el registro de los manuscritos, y un salón de lectura para examinarlos; habrá sesiones para votar sobre su mérito, con fichas de presencia, y un secretario perpetuo para que me dé cuenta de los acuerdos. Será la sucursal de la Academia francesa, y los académicos serán mejor pagados en las galerías de Bois que en el Instituto.

—Eso es una idea — dijo Blondet.

—Una mala idea — continuó Dauriat. — Mi negocio no es proceder al examen de las elucubraciones de los de entre vosotros que se meten á literatos cuando no pueden ser ni capitalistas, ni zapateros, ni cabos, ni criados, ni administradores, ni alguaciles. Aquí no se entra más que con una re-



putación hecha. Hágase célebre y encontrará aquí torrentes de oro. Mire usted, en dos años, he hecho tres ingratos de tres grandes hombres. Nathán habla de seis mil francos por la segunda edición de su libro, que me ha costado tres mil francos de artículos y no me ha producido mil. Los dos artículos de Blondet me han costado mil francos cada uno y una comida de quinientos francos.

—Pero, señor, si todos los libreros dicen lo que usted, ¿cómo puede publicarse un primer libro?—preguntó Luciano, á cuyos ojos Blondet perdió casi todo su valor cuando supo la cantidad que le habían valido los artículos de los *Debates*.

—Eso no me importa—dijo Dauriat dirigiendo una mirada de asesino al hermoso rostro de Luciano, que le miró con aire agradable.—Yo no me divierto en publicar un libro arriesgando dos mil francos para ganar dos mil; yo especulo en literatura; yo publico cuarenta volúmenes de diez mil ejemplares cada uno, como hacen Panckouke y los Beaudouin. Mi poder y los artículos que obtengo llevan adelante un negocio de cien mil escudos, en vez de empujar un volumen de dos mil francos. Cuesta tanto hacer un nombre nuevo, un autor y su libro, que hacer que se vendan los *Teatros extranjeros*, *Victorias y conquistas*, ó las *Memorias acerca de la Revolución*, que son una fortuna. Yo no estoy aquí para ser peldaño de las glorias venideras, sino para ganar dinero y para darlo á los hombres célebres. El manuscrito que me ha costado cien mil francos es menos caro que aquel cuyo autor desconocido me pide seiscientos francos. Si no soy completamente un Mecenas, tengo derecho al agradecimiento de la literatura: yo he hecho aumentar en más del doble el precio de los manuscritos. Le doy estas razones, porque es usted amigo de Lousteau, pequeño mío—dijo Dauriat al poeta golpeándole en el hombro con gesto de provocadora familiaridad.—Si hablase con todos los autores que quieren que yo sea su editor, tendría que cerrar mi tienda, pues pasaría el tiempo en conversaciones muy agradables, pero excesivamente caras. Aun no soy bastante rico para escuchar los monólogos de cada amor propio. Eso no se ve más que en el teatro, en las tragedias clásicas.

El lujo con que vestía el terrible Dauriat, apoyaba, á los ojos del poeta de provincia, aquel discurso cruelmente lógico.

—¿De qué se trata?—preguntó á Lousteau.

—De un magnífico volumen de versos.

Al oír aquella frase, Dauriat se volvió hacia Gabussón, con un movimiento digno de Talma.

—Gabussón, amigo mío—le dijo,—desde hoy, quienquiera que venga á proponerme manuscritos... ¿Lo oyen todos ustedes?—añadió dirigiéndose á tres dependientes que salieron de debajo de las pilas de libros al oír la voz colérica de su principal, que contemplaba sus uñas y su mano, bastante hermosa.—A quienquiera que me traiga manuscritos, le preguntarán si son versos ó prosa. Si se trata de versos, despedirle al instante. ¡Los versos devorarán á la librería!

—¡Bravo! Eso está muy bien dicho, Dauriat—exclamaron los periodistas.

—Ustedes no conocen, señores—exclamó el librero paseándose por la tienda con el manuscrito de Luciano en la mano,—ustedes no conocen el daño que han causado los éxitos de lord Byron, de Lamartine, de Víctor Hugo, de Casimiro Delavigne, de Canalis y de Beranger. Su gloria nos ha procurado una invasión de bárbaros. Estoy seguro de que hay en este momento en las librerías mil volúmenes de versos propuestos que empiezan con historias interrumpidas y sin pies ni cabeza, á imitación de *El corsario* y de *Lara*. Con el pretexto de originalidad, los jóvenes se dedican á estrofas incomprensibles, á poemas descriptivos, en los que la nueva escuela se cree reformadora. Desde hace dos años, los poetas han pululado como los saltones. ¡He perdido con ellos veinte mil francos el último año! Pregúntenselo á Gabussón. Puede haber en el mundo poetas inmortales, conozco algunos sonrosados y frescos que aun no tienen pelo en la cara—dijo á Luciano;—pero en librería, joven, no hay más que cuatro poetas: Beranger, Casimiro Delavigne, Lamartine y Víctor Hugo; pues Canalis es un poeta hecho á fuerza de artículos.

Luciano no se sintió con valor para erguirse y mostrarse altivo ante aquellos hombres influyentes que sonreían de buena gana. Comprendió que se llenaría de ridículo; pero sentía unos impulsos terribles de saltar al cuello del librero, de estropearle la insultante armonía de su corbata, de romper la cadena de oro que brillaba en su pecho y de pisotear su reloj y destrozarlo. El amor propio irritado dió paso á